

LAS HIJAS DE LA MEMORIA, poemas de *Enrique Gómez Correa*

Llamar a una obra «Las Hijas de la Memoria» es advertir una vida que se prolonga hacia perdidas comarcas de sueño, hacia orígenes remotos donde sólo el ojo alcanza a percibir lámparas que hacen extrañas señas y confunden con un lenguaje estremecedor. Enrique Gómez Correa sabe que sus poemas no son sino verificaciones del mundo que gira dentro de su sangre, comentarios a una evocación que viene desde el primer destello de su aliento:

«Mientras oigo ese sonido horrible
De la luz que pasa a través del espacio
Y que es puramente la Memoria».

«Las Hijas de la Memoria», sin embargo, no es sólo nostalgia del ser entre sus brumas más puras; es afirmación de una vida que sortea peligros y se esfuerza por otorgar al destino una emoción desnudada de toda palabra dengosa, de todo juego liviano; de ahí esa condición arrebatada de sus páginas, esa carnalidad de los poemas, esa manera de cantar como un Adán potente y lleno de sol, desmedido y sin ningún árbol al que robar la armadura del pudor: «El arte erótico», «Algunos actos clandestinos».

Comprendo que se haya dicho de Gómez Correa que es un inmoral: pero de ser inmoral se trata, cuando lo que se pretende no es azúcar, sino que reacciones caldeadas, fuegos contra un mundo que se esfuerza por continuar existiendo bajo máscaras de luna y doncellez; estos poemas han debido entorpecer la marcha mental de los lectores del libro fácil y con articulaciones de vaselina: son poemas con el sexo descubierto y verdadero, espléndidos en su situación de bellos explosivos:

«Y seré la más terrible llama
Porque yo soy la definición de todo amor».

Es espíritu guerrero el que preside esta poesía: espíritu de herir una moral petrificada, la burguesa; pero campo hay para pensar si no se posee otro camino más duro y más eficaz que éste para castigar una guía enfangada en sus propias podredumbres; Gómez Correa, adorándose, podría enrostrársele; o Gómez Correa, sublimando un estado de cosas que ya se precipita a la sombra y al mayor descrédito... «Las Hijas de la Memoria» oculta demasiado para el público esta su real intención y aparece como el resultado de esa misma moral que pretende aplastar; esa desnudez, esa desfachatez que indigesta a cierta crítica, no es goce, espejo del poeta: es arma lanzada contra las tablas de la ley moral capitalista, y es de lamentar que su fin no se haya logrado, como debiera. Aun es menester la poesía dosificada, el equilibrio, para la estocada favorable al mundo que soñamos.

Saludamos en Gómez Correa, además de sus prestancias poéticas, su valentía para cantar; practicando una poesía de tantas espinas, la gloria se pierde y sólo resta para el poeta esa helada diadema del silencio, que envenena toda la historia de nuestra poesía en los últimos años. Pero un militante de la *poesía negra* comprende esto y lo conoce al lanzar la primera palabra violenta; por ello nada le arredra y esta misma indiferencia forma parte de su plan de ataque. En este sentido sobra el elogio, que escasea en otra.

Y la otra es obrar por pasión no poética, negando lo valioso que guarde una obra, como en el caso de «Las Hijas de la Memoria». Gómez Correa es un poeta difícil. Rehuye el lugar común, la frase ocasional; en Chile, donde tan frecuente es contagiarse de verbalismo, aparece dado a un sacrificio de formas, extenuado y parco. «Las Hijas de la Memoria» es un libro construído sobre piélagos de sangre; se ve, en cualquier

poema el esfuerzo, el deseo logrado, hasta donde se puede, de no dejarse llevar por la vulgaridad: recordamos que Francia de Miomandre escribía así de Milosz, produciendo una como sentencia de buen actuar en la poesía: «Jamás se contenta con una expresión fácil, con una imagen usual. Vuelve a crear su propia substancia». En Gómez Correa se evidencia un prurito de limpidez:

«La piel dura abre los apetitos el río invisible
 Las manos en orden distinto
 Los labios acariciados
 Después la soledad
 Si encontráis un charco de sangre y un ojo reventado
 Soy yo».

Es Gómez Correa un siervo del cuerpo humano; lo ama como un templo ardiente; sus figuras reposan sobre *senos, manos, ojos, uñas*; y si ama a aquél, ama, también, el mal, la muerte y el mar, tres grados magníficos del sueño; basta revisar sus poemas para advertir, por los títulos, esa niebla oscura que amarra su obra; la muerte le sirve de llavera del misterio y, finalmente, el mar como una orquestación de máquina siniestras a su voz repleta de pálidos venenos:

«Que yo me entrego al vicio de los sueños».

.....

«El cadáver y su espuma».

.....

«Esperadme en las sillas de mar».

ANDRÉS SABELLA.